



ARTÍCULOS

El tiempo en el análisis del bienestar y la pobreza

The time in the analysis of the commonwealth and the poverty

Araceli Damián González

Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales de El Colegio de México

adamian@colmex.mx

Palabras clave: **tiempo, pobreza, bienestar, florecimiento humano, métodos de medición, multidimensional, bidimensional**

Keywords: **time, poverty, commonwealth, human blossoming, methods of measurement, multidimensional, bidimensional**

Fecha de recepción: 20 de octubre de 2009

Fecha de aceptación: 18 de diciembre de 2009

Resumen: En este trabajo se presentan las principales críticas que se han hecho al pensamiento económico tradicional y cómo, a pesar de estas, los métodos tradicionales de medición de la pobreza por lo general ignoran la dimensión del tiempo, con lo que subestiman las carencias padecidas en los hogares. La autora expone dos propuestas teóricas que han considerado al tiempo como una de las variables fundamentales para medir el bienestar y la pobreza. A partir de lo anterior, describe algunas de las características de métodos que intentan medir la pobreza de tiempo: uno con perspectiva multidimensional, que incluye en su cálculo los componentes de ingreso, tiempo y necesidades básicas, y otras tres propuestas metodológicas que tienen una perspectiva bidimensional (ingreso–tiempo). Con base en ello se hace una reflexión sobre las tendencias metodológicas en los estudios sobre la carencia del tiempo y el bienestar de los hogares.

Abstract: This paper presents the main critiques that have been made of traditional economic thinking and how, in spite of these critiques, traditional methods for measuring poverty tend to ignore the time dimension, whereby they underestimate the scarcities affecting households. The author presents two theoretical proposals that have taken time into account as one of the fundamental variables for measuring well-being and poverty. On this basis, she describes some of the characteristics of methods that attempt to measure time poverty: one with a multi-dimensional perspective that includes in its calculations components of income, time and basic needs; and three other methodological proposals with a two-dimensional perspective (income–time). This leads to a reflection on the methodological tendencies in studies about the scarcity of time and the well-being of households.

En fechas recientes, los estudiosos del bienestar y la pobreza han realizado esfuerzos para desarrollar propuestas de análisis que vayan más allá de la estrecha visión de la maximización de la utilidad, como lo muestra la publicación del “Report by the Commission on the Measurement of Economic Performance and Social Progress” (Stiglitz, Sen y Fitoussi, 2009). A pesar de ello, los enfoques dominantes de la medición de la pobreza y el bienestar continúan soslayando la importancia de la disponibilidad de tiempo en los hogares y su efecto en el nivel de vida de la población.

En este artículo se presentan las principales críticas que se han hecho al pensamiento económico tradicional, al omitir la dimensión del tiempo en la función de utilidad, lo cual ha llevado a que los principales métodos de medición de la pobreza ignoren la existencia de este recurso en sus planteamientos. Posteriormente se analizan dos propuestas teóricas en las que se propone ampliar la discusión sobre los determinantes del bienestar, de manera que se considere el rol que juega la disponibilidad del tiempo en la satisfacción de necesidades. En seguida se discuten las principales características de los escasos métodos de medición de la pobreza, en los que se han dado los primeros pasos para incorporar al tiempo en la medición. A partir de ello se hace una reflexión sobre las tendencias teóricas y metodológicas que imperan en los estudios sobre la carencia del tiempo y el bienestar de los hogares.

El tiempo en el modelo neoclásico

Desde la economía neoclásica, la disponibilidad de tiempo se ha abordado en relación con las restricciones que impone a la participación laboral la necesidad de realizar el trabajo doméstico y el cuidado de menores, así como la educación y el ocio. Aunque los economistas tradicionales han tendido a ignorar el papel que juega el tiempo en el bienestar de la población, Staffan B. Linder (1970) y Gary Becker (1965) han mostrado que el modelo económico requiere la dimensión de tiempo para expresar de manera más precisa cómo funciona el mercado.

La teoría económica convencional supone que mediante los mecanismos de mercado, una vez alcanzado cierto nivel de desarrollo económico, los individuos pueden obtener un nivel de bienestar (medido en términos de utilidad) que les permita optar por un mayor tiempo de ocio.^[1] Lo anterior se debe a que se cree que en la medida en que el desarrollo económico eleva el bienestar, los individuos están más interesados por obtener más tiempo de ocio que un mayor ingreso. Sin embargo, de acuerdo con Linder, ha sucedido lo opuesto. Este autor señala que desde los años sesenta diversos sociólogos y economistas empezaron a mostrar que a pesar de que el bienestar de la mayoría de la población de los países ricos había alcanzado un nivel satisfactorio, gobiernos e individuos continuaban con el objetivo de seguir elevando el ingreso.

Linder asegura que entre la posguerra y hasta los años setenta (lo que se conoce como los años dorados del siglo XX), los grandes capitales y las empresas publicitarias se unieron para imponer un ritmo de consumo muy por arriba de lo que un individuo promedio requiere para vivir modesta y dignamente. Los consumidores *racionales* continuaron la incesante búsqueda de un ingreso más y más alto para poder adquirir más y más bienes. Por otra parte, a pesar del desarrollo tecnológico, los

tiempos destinados al trabajo no se redujeron de manera sustancial con respecto a inicios del siglo pasado. En cambio, se incrementó la sensación de escasez de tiempo.

Linder explica lo anterior asegurando que los economistas tradicionales suponen que la utilidad derivada se obtiene al momento mismo en que la oferta se cruza con la demanda, es decir, al momento mismo de la compra de bienes. De esta forma se asume que el consumo es instantáneo y que, por tanto, no se requiere tiempo para realizarlo. Sin embargo, para que la utilidad (definida por él como el bienestar material y espiritual) se pueda alcanzar, se requiere de un tiempo para consumir el bien adquirido. Al elevarse el número de bienes comprados, se incrementa el tiempo requerido para consumirlos, pero la limitada disponibilidad de tiempo (todos contamos con 24 horas al día) significa que la opulencia resultante es parcial y no total, y toma la forma solo de acceso a bienes. La opulencia total, para Linder, es una falacia lógica.

De esta forma, Linder se convierte en uno de los pocos economistas tradicionales que tiene interés en cuestionar la idea de que progreso significa abundancia. Por otra parte, aun cuando acepta el concepto de utilidad, trata de poner en perspectiva las consecuencias humanas y ecológicas de tratar de incrementarla *ad infinitum*, a pesar de los rendimientos marginales decrecientes del ingreso. Además, señala que aunque se supuso que al eliminar las preocupaciones materiales se desarrollaría la cultural, en la práctica ni siquiera los individuos que han alcanzado la mayor opulencia económica en los países desarrollados han mostrado una propensión a dedicarse al ocio. Por el contrario, sostiene, en tales sociedades "existen algunos individuos talentosos y brillantes que han sido empujados a preferir una vida de pobreza a someterse a la desolación de la abundancia vacía" (Linder, 1979: 145).

El autor presenta diversos modelos para explicar el funcionamiento económico, pero a diferencia de los que elaboran la mayoría de sus colegas, los suyos están restringidos por el número de horas que en un día los individuos pueden dedicar al trabajo, al cuidado personal (donde incluye el comer, dormir, asearse) y al consumo. Tiene varios ejemplos de lo que podría suceder al tiempo destinado a dichas actividades cuando la productividad (en la producción o el consumo) aumenta. Lo interesante de sus observaciones radica en las conclusiones a las que llega mediante sus modelos, ya que le permiten criticar las herramientas utilizadas por los economistas tradicionales cuando analizan el aumento en los niveles de utilidad-bienestar; resalta que en estas no se consideran las tensiones internas que se generan en los individuos a raíz del aumento indiscriminado de bienes y la escasez de tiempo para consumirlos. Los economistas a los que se refiere suponen que un aumento en el ingreso nacional provoca (en automático) un incremento en el bienestar general y, por tanto, recomiendan que para alcanzar un mayor nivel de bienestar se tiene que forzar, por todos los medios, el crecimiento económico (medido en término de ingreso o número de bienes). Señala que este supuesto está respaldado por la forma cómo se elaboran las cuentas nacionales, ya que no se contabiliza el daño ecológico que genera la producción.

Linder plantea que cuando el tiempo se incluye en los modelos económicos se llega a la conclusión de que los aumentos en el ingreso tienen una utilidad marginal decreciente, no porque se agote el deseo de consumir o de obtener mayor utilidad (como suponen los economistas tradicionales) sino porque se incrementa la escasez de tiempo para poder efectuar el consumo. Este supuesto lle-

varía a la conclusión de que existe un nivel máximo de consumo, idea rechazada por los economistas tradicionales, y que, por tanto, se podrían replantear las consecuencias reales de continuar con un crecimiento material constante. Al extender las críticas que hace Linder a los supuestos que rigen la medición de la pobreza, se puede decir que por lo general se asume que los hogares requieren de un nivel dado de ingreso o del acceso a bienes y servicios (como la vivienda, la educación, los cuidados a la salud) sin considerar que la satisfacción de necesidades requiere también de tiempo.

Lo anterior se puede constatar al analizar el concepto de familia que implícitamente utiliza la mayoría de los enfoques de medición de la pobreza. De acuerdo con Julio Boltvinik (2005), estos manejan un concepto ideal de hogar en el que se supone que todos sus integrantes son adultos (asalariados o empresarios), que realizan todas sus comidas fuera del hogar y contratan servicios de trabajo doméstico (lavado, planchado y aseo del hogar). Así, los requerimientos de tiempo para trabajo doméstico son igual a cero, por lo que se necesita solo tiempo para el trabajo remunerado y el ocio. De esta forma se asume que las actividades realizadas por los individuos se llevan a cabo de manera exclusiva en la esfera del mercado: la venta de fuerza de trabajo y la compra de mercancías para el consumo (que, además, no requiere de tiempo). Los hogares se convertirían en unidades que ofrecen fuerza de trabajo y realizan consumo de productos, mientras que las empresas se especializan en la producción y comercialización de los bienes, y el estado queda relegado a un papel de árbitro entre los agentes sociales, no obstante ser el responsable de proveer bienes públicos y servicios colectivos. Este modelo, sin embargo, tiene serias dificultades para funcionar en la realidad, sobre todo por la existencia de hogares con requerimientos de crianza de menores, ya que la intervención de la fuerza de trabajo familiar es (prácticamente) inevitable y, aunque el empleo de servidores domésticos o la crianza de menores en establecimientos especializados pueden disminuir la *restricción* de los adultos para participar en el mercado laboral, se asignan tiempos mínimos necesarios para asegurar la unidad familiar.

Becker (1965) ha sido de los pocos economistas en reconocer parte de las limitantes del modelo económico en este sentido. Este autor desarrolló un modelo de organización económica de los hogares en el que se reconoce que sus integrantes requieren de tiempo para realizar diversas actividades que quedan fuera del ámbito mercantil, pero sin las cuales los individuos no podrían participar en el mercado laboral. Señala que existe un costo monetario para las actividades “no productivas” (que quedan fuera del mercado) que debe ser considerado en la función de utilidad de los hogares, ya que el tiempo dedicado a estas podría haber sido utilizado productivamente. Becker (1965: 494–495) supone que los hogares son unidades tanto productivas como maximizadoras de utilidad, y que funcionan como una unidad en la que a su interior se toman las decisiones de acuerdo con el beneficio de todos. Critica a los economistas que separan de manera tajante la producción del consumo, al suponer que la primera ocurre en las empresas, y lo segundo en los hogares. De acuerdo con Becker, “un hogar es realmente una ‘pequeña fábrica’: combina bienes, materias primas y trabajo para limpiar, alimentar, procrear y producir bienes útiles” (1965: 496). El enfoque del *ingreso total*, es decir, el que podrían obtener los hogares si sus adultos se dedicaran las 24 horas del día a trabajo remunerado, permite, según este autor, unificar el tratamiento de todo tipo de sustituciones

entre ingreso pecuniario y no pecuniario, independientemente de su naturaleza o si este se deriva del trabajo remunerado o del realizado en el hogar. Sostiene que si bien el costo de oportunidad del llamado "consumo productivo" (dormir, comer y hasta jugar) ha sido considerado en el pensamiento económico, este no había sido incorporado en el análisis de la toma de decisiones en el hogar. De esta forma, los miembros del hogar que son relativamente más eficientes en las actividades del mercado usarán menos de su tiempo en las actividades de consumo y viceversa (Becker, 1965: 512).

Siguiendo esta línea de pensamiento, Keith W. Bryant (1990: 9) señala, además, que los hogares enfrentan una restricción no solo de ingreso sino también de tiempo: los recursos tiempo y dinero están íntimamente relacionados debido a que el ingreso de los hogares aumenta a costa del recurso tiempo, los hogares intercambian su tiempo por sueldos y salarios en el mercado de trabajo.

Es importante señalar que el planteamiento de Becker ha sido criticado desde los enfoques de género bajo el argumento de que es falso suponer que las decisiones tomadas al interior del hogar son en beneficio de todos, ya que unos miembros ejercen poder sobre otros y toman las decisiones buscando la maximización del beneficio propio. La propuesta de Becker también ha sido criticada ya que este no considera cabalmente el papel del estado en la determinación de las condiciones que enfrentan los individuos cuando toman sus decisiones, sobre todo en materia de regulación del mercado laboral y en la provisión de servicios y beneficios sociales (que incluyen los asociados al cuidado de menores, ancianos y enfermos), entre otras, condiciones que influyen en el nivel de participación laboral (véase Burchardt, 2008).

Otra debilidad importante del modelo de organización de los hogares es que supone que estos tienen la libertad de elegir entre dedicar mayor tiempo al trabajo o a otras actividades (trabajo doméstico u ocio), con el fin de aumentar su bienestar, con lo que se desconocen las restricciones que enfrentan para ello en el mercado laboral. Es difícil hablar de elección en hogares con recursos monetizables insuficientes para cubrir necesidades básicas (alimentación, vestido, vivienda). Como se verá más adelante, algunas propuestas de medición de la pobreza de tiempo reproducen este mismo error.

Más allá de las innumerables debilidades del modelo económico de organización de los hogares de Becker, lo que importa resaltar aquí es que se reconoce al tiempo como un recurso necesario para que sus miembros realicen diversas actividades vitales que garantizan el funcionamiento de la sociedad en su conjunto. Sin embargo, la forma dominante de medir la pobreza sigue considerando al ingreso como el único recurso para medirla, mientras que los nuevos enfoques multidimensionales, por lo general, no incorporan al tiempo en la medición. Es decir, la medición de la pobreza está rezagada con respecto a la teoría económica en la cual se sustenta. A pesar de ello, se han elaborado algunos métodos de medición de pobreza por ingreso-tiempo que incorporan los planteamientos de Becker (por ejemplo, Vickery, 1977, y Burchardt, 2008). Si bien se explicarán más adelante, constituyen importantes muestras de lo que sucede con la pobreza cuando se toman en cuenta ambos indicadores. Antes de pasar a su análisis, a continuación se presentan dos enfoques teóricos alternativos al pensamiento económico tradicional, cuyas consecuencias metodológicas son distintas a las propuestas derivadas de los enfoques economicistas derivados de Becker.

El tiempo en enfoques alternativos de bienestar y pobreza

Dentro de los enfoques alternativos para el análisis del bienestar y la pobreza que incorporan la dimensión de tiempo, se encuentran el de Meghnad Desai (2000 y 2003) y el de Boltvinik (1992, 2000 y 2005). Aunque el método del primer autor no ha sido aplicado empíricamente, ofrece una perspectiva sobre cuáles deberían ser los elementos a considerar en la evaluación del nivel de bienestar en los hogares. En cambio, los desarrollos teórico-metodológicos de Boltvinik (1992 y 2005) lo llevaron a proponer el índice de exceso de tiempo de trabajo (ETT), que permite medir la pobreza de tiempo en los hogares; este índice se ha aplicado para México desde los años noventa. El ETT es uno de los tres componentes que conforman el método de medición integrada de la pobreza (MMIP), que combina además el método de línea de pobreza (LP) y el de necesidades básicas insatisfechas (NBI) (para una descripción detallada de la metodología del MMIP, véanse Boltvinik, 1992, 1999 y 2005, y la del ETT, véase Damián, 2005).^[2]

Tiempo para la interacción social

Se inicia aquí con el planteamiento de Desai (2000). Al igual que Linder, critica los estudios de bienestar basados en indicadores relacionados con los bienes (como el producto interno bruto, PIB) o con el ingreso promedio por habitante, ya que suponen que la mayor posesión de estos aumenta el bienestar. Desai considera que los estudios basados en dicho enfoque no toman en cuenta el costo que en realidad implica para los individuos llevar a cabo su actividad productiva. Asegura que al crecer las ciudades aumenta el número de horas de traslado desde y hacia el trabajo y, por tanto, los individuos carecen de tiempo para disfrutar de otras actividades que satisfacen necesidades humanas y que no se relacionan con el trabajo, pero que constituyen una parte fundamental del bienestar. El autor se refiere, en particular, a la carencia de interacción social.

De acuerdo con Desai, el aumento en las distancias al trabajo ha provocado, por otra parte, la individualización de actividades que históricamente se han llevado a cabo de manera colectiva, como la alimentación. Afirmo que en el pensamiento económico tradicional no importa si la necesidad de alimentarse se realiza de manera individual, social o familiar, a pesar de que comer acompañado, disfrutar de la compañía de otros, es más importante para el ser humano que el hecho de comer en sí mismo. Por lo tanto, para él (2000), el bienestar podría ser medido en función del *tiempo que los individuos pueden destinar a la convivencia social*.

Cabe aclarar que Desai, en un intento por operacionalizar el enfoque de Amartya Sen, define cinco capacidades humanas que deben ser garantizadas para todos los individuos y sobre las cuales se debe evaluar el nivel de vida. La cuarta capacidad es la de la interacción social, que justifica señalando que en el cuestionario de Peter Townsend (en referencia a la publicación de 1979) se destacaba el requisito de reciprocidad social y señala: "vivir en sociedad implica dar y recibir, tener invitados y poder ser invitado. Son las normas y prácticas sociales de cada sociedad las que determinan los requisitos de bienes" (Desai, 2003: 439-440). Las otras cuatro capacidades definidas por

el autor son: mantenerse vivo, asegurar la reproducción, tener una vida saludable, conocimientos y libertad de expresión y de pensamiento. En el artículo de 2003, Desai le da la misma jerarquía a todas las capacidades, ya que considera que a pesar de que algunas parecen más básicas que otras, las cinco son igual y conjuntamente esenciales, no obstante, en "Well being or welfare?" (2000), propone el tiempo para la interacción social como medida de bienestar, con lo que le da a este componente mayor relevancia.

El planteamiento de Desai tiene la limitante de no incluir la necesidad (o capacidad) de *crecimiento o autorrealización*, que es la de mayor jerarquía en el planteamiento de Abraham Maslow (1987) y que Boltvinik (2005) identifica como *floreCIMIENTO humano* (véase el siguiente apartado).^[3] La interacción social corresponde a la necesidad de pertenencia y de amor, que tiene menor jerarquía en estos dos últimos autores. La autorrealización (o florecimiento humano) se refiere a la necesidad de los individuos de llevar a cabo la actividad para la cual tienen vocación (o la que más les satisface) y en la que ponen en práctica todas sus capacidades humanas (escribir poesía, pintar, investigar, crear, tocar instrumentos musicales). De esta forma, Desai no le da suficiente importancia a la necesidad de que estén garantizadas socialmente las condiciones para que todos los individuos puedan llevar a cabo la actividad que consideren valiosa, más allá de la interacción social.

Por otra parte, cuando Desai propone que la interacción social sea la necesidad de jerarquía más alta, pasa por alto que en algunas comunidades los individuos pueden tener tiempo para la convivencia social, pero debido a la falta de empleos, y por tanto pueden tener insatisfechas necesidades de menor jerarquía, pero mayor preponderancia (como las de supervivencia, que incluye alimentación, vivienda, vestido y calzado, entre otras). Este problema ya lo vislumbra en su propuesta de operacionalización de las capacidades, ya que afirma que son "un conjunto de entidades correalizables [...] Se debe partir de la idea de que si una de ellas no se realiza no puede darse ningún sentido al nivel de vida, independientemente de que las otras se cumplan en mayor o menor medida" (Desai, 2003: 444). Por tanto, se puede decir que aunque exista tiempo suficiente para la interacción social, para que este pueda ser una medida de bienestar, no debe haber pobreza en otras dimensiones relevantes en la evaluación. De lo contrario, se podría calificar a un desempleado con un nivel de bienestar alto, porque dispone de tiempo para interactuar socialmente, a pesar de no tener el ingreso suficiente (o carecer completamente de este) para solventar sus necesidades básicas. Lo anterior sin considerar que quienes padecen desempleo se pueden sentir frustrados por no poder llevar a cabo una actividad con la que se sientan útiles socialmente. La propuesta de Desai es útil para determinar los espacios en los que se requiere vincular el tiempo con el bienestar, centrando en la discusión una dimensión que por lo general se pasa por alto al medir la pobreza: la interacción social.

Tiempo para el florecimiento humano

La propuesta de Boltvinik es mucho más amplia que la de Desai, aunque surge también de una crítica a los enfoques dominantes de los estudios sobre pobreza y bienestar. Dada la complejidad y el vasto material que constituye la propuesta de Boltvinik, solo se presentan aquí las reflexiones más

relevantes para el análisis del papel que juega el tiempo en el bienestar de los hogares y la necesidad de incluirlo en los métodos de medición.

Boltvinik partió de una crítica a las mediciones de pobreza basadas en los métodos parciales de la LP y las NBI, al señalar que su principal limitación consiste:

[...] en que proceden, el primero, como si la satisfacción de necesidades básicas dependiera solamente del ingreso o del consumo privado corriente de los hogares; y el segundo, en sus aplicaciones usuales, elige indicadores de satisfacción de necesidades que básicamente dependen de la propiedad de activos de consumo (vivienda) o de los derechos de acceso a servicios gubernamentales (agua, eliminación de excretas y educación primaria), por lo cual implícitamente deja de tomar en cuenta las demás fuentes de bienestar (1992: 355).

De acuerdo con este autor, las fuentes de bienestar con las que los hogares satisfacen sus necesidades son:

- El ingreso corriente (monetario y no monetario).
- Los derechos de acceso a servicios o bienes gubernamentales de carácter gratuito (o subsidiados).
- La propiedad o los derechos de uso de activos que proporcionan servicios de consumo básico (patrimonio básico).
- Los niveles educativos, las habilidades y destrezas, entendidos no como medios de obtención de ingreso sino como expresiones de la capacidad de entender y hacer.
- La propiedad de activos no básicos y la capacidad de endeudamiento del hogar.
- *El tiempo disponible para educación, recreación, el descanso y las tareas domésticas.*

La satisfacción de todas las necesidades requiere de la inversión de tiempo personal, por lo que se puede considerar como la fuente preponderante, lo que la convierte en uno de los factores determinantes para evaluar el bienestar de los hogares.

Otro de los aspectos importantes que hace notar Boltvinik es que las fuentes de bienestar tienen distintos grados de sustitución; por ejemplo, con un ingreso alto se pueden sustituir algunos derechos de acceso a bienes o servicios gubernamentales, como salud y educación, mediante el mercado, sin embargo, la falta de tiempo no puede ser sustituida de manera total por otra fuente de bienestar. Con ingresos adicionales no se puede sustituir la falta de tiempo para la recreación: nadie puede ver por nosotros una obra de teatro; de igual forma, si no están desarrolladas las redes básicas de agua y drenaje, no será posible o será muy caro acceder a tales servicios. Por otra parte, tener acceso a estos satisfactores mediante soluciones alternas a las proveídas públicamente puede tener un costo muy alto en materia de tiempo de trabajo personal, como cuando se debe acarrear agua al interior de la vivienda o el terreno.

Boltvinik considera que el bienestar en una sociedad depende del nivel y distribución (entre personas) de las seis fuentes de bienestar y que cada una de ellas tiene determinantes específicos. En cuanto a la cantidad de tiempo libre nos dice que esta está, en parte, socialmente determinada ya que

[...] depende de las costumbres sobre la duración de la jornada de trabajo, sobre los descansos semanales y anuales, inversamente de los ingresos del hogar (los hogares con problemas de ingresos se verán impulsados a *intentar* alargar las jornadas de trabajo o a incorporar más miembros a dicha actividad) y de preferencias individuales (Boltvinik, 2000:5).

Asimismo, la necesidad de tiempo para la recreación varía de acuerdo con la edad de los miembros del hogar, ya que es mayor para los niños y adolescentes, que para los adultos.

Otra de las críticas que hace Boltvinik a los enfoques tradicionales de medición de la pobreza, y que es relevante para este tema, se relaciona con la determinación de los umbrales de satisfacción que sirven para medir las carencias en cada una de las dimensiones de la pobreza. Los métodos tradicionales establecen los umbrales considerando solo las necesidades materiales y fisiológicas, como la de alimentación, y dejan fuera un conjunto amplio, cuya satisfacción es indispensable para llevar una vida digna. Entre estas se encuentran las emocionales (afecto, amistad, amor, sexo) y las de desarrollo y autorrealización. La diferencia entre los enfoques tradicionales y el de Boltvinik se ejemplifica en el cuadro 1, que no pretende ser exhaustivo, pero muestra con claridad las necesidades que suelen considerar estos (sombreadas en gris), frente a su propuesta, cuyo espectro de necesidades es más amplio (las enunciadas, pero sin sombrear). La segunda columna del cuadro contiene los satisfactores tradicionalmente considerados al medir la pobreza. Una vez más, se puede apreciar que en los enfoques tradicionales la lista es mucho más estrecha, ya que se incluyen solo objetos (bienes y servicios) y dejan fuera otros satisfactores requeridos para cubrir las mismas necesidades: las relaciones con otras personas y las actividades y las habilidades de los sujetos. Cuando se incluyen estos satisfactores, los requerimientos de tiempo cobran mayor relevancia. Así, ante la necesidad de alimentarse, el enfoque dominante solo considera los alimentos, por lo general crudos (objetos), como únicos satisfactores e ignora los medios para abastecerlos, para cocinarlos y consumirlos, y el tiempo para llevar a cabo todas las actividades individuales y familiares relacionadas con esta necesidad (cocinar, comer, hacer las compras, entre otras).

De esta forma, el enfoque dominante solo considera los recursos monetizables y deja de lado otras fuentes de bienestar utilizadas por los hogares para satisfacer sus necesidades, como el tiempo, los conocimientos y las habilidades que no son monetizables (véase la tercera columna del cuadro). Con base en esta crítica, Boltvinik propone ampliar el espectro de análisis económico (y de la pobreza), al poner en el centro al ser humano como un todo, con todas sus capacidades y potencialidades humanas. Se puede argumentar, entonces, que un indicador de bienestar se refiere a *tiempo que los individuos tienen, una vez satisfechas sus necesidades básicas, para desplegar todas sus potencialidades y capacidades*. El método de medición de la pobreza desarrollado por Boltvinik

Cuadro 1.

Satisfactores y recursos (principales y secundarios) en tres tipos de necesidades (materiales, emocionales, de desarrollo)

Necesidades (ejemplos de)	Tipo de satisfactores Principales / secundarios	Fuentes de bienestar (recursos) Principales / secundarios
Alimentación (necesidades "materiales")	Objetos (alimentos) / actividades familiares (cocinar, abastecer)	Recursos monetizables* / tiempo, conocimientos y habilidades
Afecto, amistad, amor, sexo (necesidades emocionales)	Relaciones primarias / actividades con pareja o amigo, objetos	Tiempo; conocimientos y habilidades / recursos monetizables*
Autoestima, autorrealización (necesidades de desarrollo)	Actividades del sujeto / objetos, relaciones secundarias	Conocimientos y habilidades, tiempo / recursos monetizables*

* Incluye ingreso corriente, activos básicos, activos no básicos, acceso a bienes y servicios gratuitos.

Nota: la parte sombreada es la única que se toma en cuenta en los enfoques tradicionales.

Fuente: Boltvinik (2005).

antecede a su planteamiento de florecimiento humano, por lo que la disponibilidad de tiempo para esta necesidad no queda establecida de manera normativa en el ETT sino que se considera al tiempo libre como el espacio potencial para que se pueda alcanzar. Este planteamiento se hace sin desconocer que el tiempo libre, al igual que el trabajo remunerado, puede ser alienante y enajenante (por ejemplo, estar dedicado a actividades pasivas como ver la televisión; para una discusión al respecto, véase Damián, 2007). Además de la limitante anterior, se debe considerar que, como plantea Desai, después de largas jornadas de trabajo y extenuantes trayectos de transporte, difícilmente el tiempo restante (*o libre*) puede ser *aprovechado* de manera plena por los individuos en actividades distintas al trabajo remunerado.

Al igual que la propuesta de Desai, una de las características del MMIP es que su concepción estuvo guiada por el principio de integralidad e interdependencia en la satisfacción de necesidades, lo que implica que todas están interrelacionadas entre sí, es decir, no se puede considerar que una esté satisfecha, sin que a la vez el resto de las necesidades estén cubiertas. De ahí que no solo se requiera de ingreso, tiempo o acceso a los servicios básicos sino del conjunto de todos estos satisfactores. Una vez alcanzado un nivel de satisfacción digno en el conjunto de necesidades, se sentarán las bases para que los individuos alcancen el florecimiento humano. No puede haberlo mientras se padezca hambre, frío o inseguridad, excepto en contadas ocasiones.

Una diferencia fundamental entre Desai y Boltvinik es que para el primero el fin último es lograr las condiciones para que se puedan desarrollar las relaciones sociales, mientras que para el segundo las relaciones sociales satisfacen un conjunto más amplio de necesidades, entre las que se encuentran las emocionales. Una vez analizado el papel del tiempo en el nivel de vida y el bienestar de la población, a continuación se presentan los argumentos bajo los cuales los enfoques de la medición de la pobreza han eludido la incorporación del tiempo, y después se examinan las diferencias de los pocos métodos que en la actualidad miden este indicador del bienestar.

La ausencia del tiempo en los métodos tradicionales de medición de la pobreza

A pesar de que la mayoría de los autores que han desarrollado métodos de medición de la pobreza reconoce que la disponibilidad de tiempo afecta el bienestar de los hogares, ha rechazado su incorporación bajo diversos argumentos. En América Latina el estudio pionero de Oscar Altimir (1979) contenía ya los fundamentos teóricos para que el tiempo fuera incorporado en la medición. Este autor afirmaba que “los hogares cuentan con el recurso constituido por el tiempo y las habilidades de sus miembros, que pueden aplicar a actividades remunerativas o a otros quehaceres, dentro del condicionamiento impuesto tanto por los mercados de trabajo como por el medio social” (Altimir, 1979: 20). De igual forma, sostenía que los hogares solventan sus necesidades mediante la aplicación de sus recursos (tiempo, habilidades, empresas o activos para generar ingresos o venderlos para financiar gastos de consumo) y del ejercicio de sus derechos (prestaciones de la seguridad social o acceso a los sistemas subsidiados de educación, salud y vivienda) (Altimir, 1979: 21). Señaló además que “la medición de la pobreza sobre la base de una definición multivariada que tenga en cuenta diferentes dimensiones del bienestar es posible” (Altimir, 1979: 24), no obstante, optó por un método de medición basado exclusivamente en el ingreso bajo el argumento de que existen dificultades en la agregación de indicadores múltiples del nivel de vida en uno solo (Altimir, 1979: 25). Este método es el que utiliza la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) para calcular la pobreza en la región y se basa de manera exclusiva en el ingreso.

Algo similar sucedió en Estados Unidos: desde los años setenta del siglo XX, Clair Vickery (1977) e Irwin Garfinkel y Robert Haveman (1977) propusieron formas alternativas al método oficial para medir la pobreza en ese país, en las que se consideran las carencias (o la disponibilidad) de tiempo en los hogares. Sin embargo, sus propuestas fueron ignoradas por completo por varios años.^[4] A mediados de la década de los noventa se formó otro comité encargado de revisar el método oficial de ese país y se reconoció que “dos familias con similares recursos económicos pueden tener una vasta diferencia en recursos de tiempo que de alguna manera debe ser tomada en cuenta para determinar su bienestar material” (Citro y Michael, 1995: 422). No obstante, a pesar de reconocer la veracidad del viejo adagio que dice que el “tiempo es dinero”, el comité no llegó a un acuerdo de cómo incorporarlo en la medición de la pobreza y, por tanto, lo excluyó. Este comité ni siquiera hizo un esfuerzo por avanzar en los desarrollos metodológicos tanto de Vickery como de Garfinkel y Haveman, aunque citan sus trabajos en el reporte.

Con un enfoque sociológico, Townsend (1979) midió la privación de los hogares para participar en el estilo de vida imperante en la Gran Bretaña utilizando algunas variables relacionadas con la disponibilidad de tiempo. En el cuestionario elaborado para evaluar el nivel de privación de los hogares, incluyó preguntas relacionadas con el tiempo libre.^[5] No obstante, al construir su indicador de privación social, no pudo distinguir si los hogares no realizaban tales actividades como resultado de la carencia de ingreso, mucho menos de tiempo. Algunos críticos señalaron que la falta de participación se podía deber a preferencias individuales (para conocer la discusión alrededor de estas críticas, véase Townsend, 1993).

Siguiendo la tradición de Townsend, un estudio más reciente incluyó en su cuestionario, además de las preguntas relacionadas con el tiempo libre, otras que se asocian con la disponibilidad de equipo ahorrador de trabajo doméstico (Gordon *et al*, 2000). Además, incorporaron la percepción de la población acerca de si los bienes (o actividades) los consideraba necesarios para la mayoría de la población, con lo que se superó la cuestión de si la falta de estos se debía a carencia de ingreso mas no de tiempo. No obstante, las preguntas para captar la privación social contienen ciertas normas del tiempo que se requiere para satisfacer las necesidades humanas, sobre todo las relacionadas con interacción social y el tiempo libre.[6]

El tiempo también ha sido utilizado para calcular líneas de pobreza por ingreso basadas en canastas normativas de satisfactores (CNS). Peter Whiteford y Leslie Hicks (1993) establecieron una CNS para hogares monoparentales que incluye una cantidad de dinero adicional que compensa, supuestamente, la menor disponibilidad que los adultos en hogares monoparentales tienen de tiempo libre y para dedicar a la convivencia con los menores de edad, en comparación con adultos que viven en hogares con la presencia de ambos padres. Con una encuesta de presupuesto de tiempo, compararon las diferencias del dedicado a trabajo doméstico y extradoméstico en ambos tipos de hogares y concluyeron que

[...] si una madre o padre soltero desea tener un estándar de vida modesto pero adecuado, y tener la misma cantidad de tiempo libre que disfruta una madre que trabaja tiempo parcial en una familia biparental, entonces se requiere duplicar la tasa salarial estimada para obtener dicho estándar de vida. Aun cuando así ocurra, los niños en una familia monoparental seguirán teniendo solo la mitad del tiempo que potencialmente un adulto puede dedicarles en comparación con el que pueden disfrutar los menores en familias con los dos padres. Si la madre quisiera compensar a sus hijos por el efecto de lo anterior, entonces la tasa salarial tendría que incrementarse una vez más (Whiteford y Hicks, 1993: 234–235).

Si bien toman en cuenta las diferencias en la disponibilidad de tiempo libre y para el cuidado de menores, estos autores asumen que el tiempo puede ser compensado con dinero, supuesto que, como ya se dijo, es falso pues con dinero no se pueden sustituir las necesidades de afecto, pertenencia y seguridad que requieren ser desarrolladas mediante el contacto entre padres e hijos.

A pesar de la resistencia que han tenido los estudiosos de la pobreza y el bienestar para incorporar al tiempo en los métodos de medición, las transformaciones de la vida urbana y la creciente incorporación de la mujer al mercado laboral han hecho más evidente que las carencias en la disponibilidad de tiempo afectan a los hogares, sobre todo a aquellos con elevados requerimientos de trabajo socialmente necesario (doméstico y extradoméstico). Por ello, ha aumentado la preocupación por capturar esta problemática. Se analizarán a continuación algunas de las ventajas y desventajas de las distintas propuestas metodológicas para medir la carencia de tiempo que se han desarrollado hasta el momento.

Los métodos de medición de la pobreza de tiempo

La mayoría de los métodos de medición de la pobreza que consideran al tiempo como una de sus variables son bidimensionales: incluyen, además de esta variable, al ingreso (Vickery, 1977; Burchardt, 2008; Goodin *et al*, 2008). No obstante, esta perspectiva es insuficiente si se toma en cuenta que el nivel de vida depende de una gama más amplia de fuentes de bienestar, entre las que se encuentra el acceso a los servicios públicos como educación, salud, agua y drenaje. Como se mencionó, el MMIP es el único de los métodos que considera además del ingreso y el tiempo, un componente de las NBI que verifica este tipo de carencia, con lo que es el que refleja de manera más adecuada el nivel de satisfacción de las necesidades humanas, con toda su complejidad.

Las propuestas metodológicas de Vickery y Tania Burchardt son similares. Ambas se basan en el modelo de organización de los hogares de Becker, aunque la última autora incorpora la idea de Sen en el sentido de que los hogares tienen un conjunto de opciones entre las cuales pueden elegir (*capability set*). Para Burchardt este conjunto de opciones está compuesto por las distintas combinaciones de ingreso–tiempo entre las que los miembros del hogar pueden optar según sus preferencias.

Vickery (1977) desarrolló un índice de ingreso–tiempo denominado *estándar generalizado de pobreza*, que toma en cuenta los requerimientos en cada una de las dimensiones para cubrir las necesidades de cuidado personal, de trabajo doméstico (que incluye cuidado de menores) y extradoméstico. Por el lado del ingreso, utilizó una LP que establece los requerimientos nutricionales mínimos que se deben satisfacer en periodos de emergencia. En cuanto al tiempo, fijó las normas suponiendo que, dado que el nivel normativo de ingreso es tan bajo, los hogares no podrían gastar en bienes y servicios que sustituyan el trabajo doméstico (para más detalle, véase Damián, 2005). En consecuencia, la autora extendió al máximo el número de horas que los adultos pueden dedicar a este tipo de trabajo, lo que redujo al mínimo el tiempo libre.

Burchardt (2008) midió la pobreza de ingreso–tiempo en Gran Bretaña de manera similar a la de Vickery, es decir, estableciendo normas en cada componente y mostrando las combinaciones posibles de ingreso–tiempo para no ser pobre. Una de las novedades de Burchardt es que realiza varios ejercicios tomando normas absolutas (mínimas basadas en expertos) y relativas (con base en patrones sociales). Las diferencias entre el enfoque absoluto y relativo se explicará más adelante. Por otra parte, al igual que Vickery, tiene el interés por resaltar dos problemas de clasificación que se cometen al utilizar los métodos unidimensionales (de ingreso o de tiempo): cuando el ingreso es la única variable, algunos hogares quedan clasificados como no pobres, a pesar de que sus miembros, para escapar de la pobreza, deben trabajar jornadas laborales por arriba de las normas legales, o socialmente reconocidas, y cuando el tiempo es la única variable, otros aparecen como pobres de tiempo, pero trabajan más horas de las necesarias para no ser pobres, porque prefieren tener mayor ingreso en vez de tiempo.

La preocupación por este error de clasificación lo comparten con Robert E. Goodin *et al*. (2008), quienes en última instancia buscan determinar qué hogares reciben ayudas gubernamentales sin que “las merezcan”.

Goodin *et al.* (2008) intentan sustituir al ingreso por el tiempo como medida de justicia social, no obstante, se ven en la necesidad de partir del ingreso disponible de los hogares para compararlo con una línea de pobreza y así determinar el tiempo que normativamente se requiere dedicar a trabajo extradoméstico a fin de evitar la pobreza. Construyen una medida de tiempo “discrecional”, esto es, un tiempo en el que, aunque parezca que los individuos están realizando trabajo obligatorio, en realidad están realizando una actividad elegida libremente. Para determinar la cantidad de tiempo discrecional (que denominan autonomía temporal), los autores establecen normas para cubrir las necesidades de trabajo extradoméstico, doméstico, cuidado de menores y el personal. Sin embargo, como se verá más adelante, su procedimiento llevó a una minimización de las mismas, sobrestimando la autonomía temporal. Su estudio se refiere a seis países desarrollados.[7]

Por otra parte, el MMIP fue elaborado por Boltvinik siguiendo la tradición latinoamericana de ubicar las necesidades humanas en el centro de la discusión, pero además identificó las seis fuentes de bienestar que los hogares utilizan para satisfacer sus necesidades, entre las que se encuentra el tiempo. El índice de exceso de tiempo de trabajo, ETT, considera los requerimientos de tiempo para el cuidado personal, el trabajo doméstico (incluyendo el cuidado de menores de hasta diez años de edad), el extradoméstico, el requerido para transporte al trabajo, para la educación y para el tiempo libre. Con base en la legislación mexicana, se estableció que el máximo tiempo que puede ser dedicado a trabajo doméstico, extradoméstico o estudios, es de 48 horas a la semana.

Todos los métodos de medición de la pobreza de tiempo transforman a este en un recurso a través del cálculo del número de horas adulto-disponible en el hogar. Para ello, se establece una edad mínima y máxima en la que los adultos pueden participar, normativamente, en el trabajo socialmente necesario (doméstico y extradoméstico). La edad mínima corresponde a la permitida para ingresar al mercado laboral en cada país. Algunos autores consideran que la participación en el trabajo socialmente necesario se puede dar desde los 15 o hasta los 18 años de edad y, en lo que se refiere a la edad máxima, fluctúa de 60 a 69 años y corresponde por lo general a la edad de retiro de los trabajadores. Una vez calculado el número de horas-adulto disponibles en el hogar, se compara con el de las horas requeridas para trabajo extradoméstico, doméstico (incluyendo el cuidado de menores y en ocasiones de adultos y enfermos), transporte, cuidado y arreglo personal, sueño y comidas. El tiempo libre es un factor residual que resulta de considerar los requerimientos de tiempo en las actividades antes mencionadas.

En los métodos bidimensionales los autores asumen que los hogares requieren tanto de ingreso como de tiempo para satisfacer sus necesidades y que ninguno de estos recursos es suficiente por sí solo para no ser pobre. No obstante, el único método que incluye además el indicador de las NBI es el MMIP, lo que permite introducir en el análisis los bienes socialmente proveídos y el patrimonio básico de los hogares, que también afecta la disponibilidad de tiempo y el nivel de vida (para una comparación a detalle entre la propuesta metodológica de Boltvinik y de Vickery, véase Damián, 2005).

En todos los métodos se establecen normas de requerimientos de tiempo para cada una de las actividades que se consideran necesarias; en unos casos, se hace desde un enfoque absoluto, determinando mínimos muy estrictos, por lo general basados en las recomendaciones de expertos,

y en otros relativos que se basan en las prácticas socialmente observadas. Estos enfoques se han desarrollado a partir de los métodos de medición de la pobreza por ingreso, por lo que a continuación se verá cuáles son sus principales características y el debate que existe en torno a ellos, para en seguida reflexionar sobre las implicaciones que tiene utilizar estos enfoques en la determinación de las normas de tiempo.

Normas absoluta vs. relativa de tiempo

Las metodologías de medición de la pobreza de tiempo se pueden agrupar en tres categorías de acuerdo con el enfoque para determinar los umbrales: el absoluto (Vickery y Burchardt), el relativo (Goodin *et al.* y Burchardt)[8] y el combinado (Vickery y Boltvinik).[9] Al presentar las principales características de los métodos de medición de la pobreza de tiempo se mencionaron ya algunas de sus normas, por ejemplo, la edad mínima y máxima que se utiliza para determinar la población que normativamente puede participar en el trabajo socialmente necesario. Como se vio, el rango de edad se apega a estándares legales, reconocidos socialmente, por lo que tienen un carácter más bien absoluto. Sin embargo, existe un debate sobre qué procedimiento seguir (normas observadas o determinación de mínimos absolutos) en áreas de la vida en las que existe gran variabilidad y disputa sobre los mínimos necesarios. Entre este tipo de normas se encuentran las del tiempo necesario para trabajo doméstico, cuidado personal, el que se requiere para comer y hasta cuánto tiempo es necesario dedicar al trabajo remunerado, por ello es conveniente retomar la discusión sobre las limitaciones de los enfoques absoluto y relativo.

Los principales defensores de los enfoques absolutos y relativos son los distinguidos estudiosos de la pobreza Sen y Townsend, respectivamente. Para Sen (1983) hay un núcleo irreductible de privación absoluta en nuestra idea de pobreza, que traduce manifestaciones de muerte por hambre, desnutrición y penuria visibles en un diagnóstico de pobreza sin tener que indagar primero el panorama relativo. Townsend (1985) critica a Sen por incorporar solo elementos tan dramáticos para definir la pobreza cuando esta depende del estilo de vida imperante de cada sociedad. Para él, cualquier conceptualización rigurosa de la determinación social de las necesidades refuta la idea de necesidades absolutas. Y una relatividad completa se aplica en el tiempo y el espacio. Las necesidades de la vida no son fijas. Continuamente están siendo adaptadas y aumentadas conforme ocurren cambios en una sociedad y en sus productos. Sen critica a Townsend por rechazar erróneamente su concepto de pobreza absoluta con base en el supuesto de que las necesidades cambian de una sociedad a otra, lo que según el autor es equivocado, ya que lo que cambia son los bienes que permiten satisfacer las mismas necesidades absolutas. Concibe este error de Townsend como una elección equivocada del espacio de análisis (bienes frente a características de los bienes). Para Sen, el enfoque de privación relativa complementa y no suplanta el análisis de pobreza en términos de privación absoluta.

Ambos enfoques presentan limitaciones. El de pobreza absoluta en efecto tiende a minimizar los requerimientos para no ser pobre; el ejemplo más claro lo encontramos en la LP ultraextrema del Banco Mundial de un dólar con 25 centavos por persona al día, con la que calcula el volumen de este flagelo en los países denominados subdesarrollados. El establecimiento de líneas tan bajas de pobreza por lo general se justifica bajo el argumento de que la determinación del nivel de vida más allá de la mera subsistencia es *subjetiva* y, por tanto, depende de los *valores* individuales de quien observa. De acuerdo con el Banco Mundial, en la determinación de un umbral por todos reconocido solo se considera que la nutrición se puede medir de manera objetiva, dado que los requerimientos o deficiencias nutricionales están determinados de manera científica.^[10] Al desconocer otros elementos necesarios para llevar una vida valiosa el Banco Mundial niega la posibilidad de alcanzar un consenso razonado para las evaluaciones sociales y se subestima la pobreza.^[11]

La determinación de los requerimientos de las necesidades mediante métodos relativos también presenta algunos problemas. En este enfoque se asume que los hogares que tienen un ingreso menor al umbral de pobreza no cumplen con las precondiciones para participar en el estilo de vida imperante de la sociedad en que viven. Sin embargo, cuando ocurre una baja en el ingreso de todos los hogares a consecuencia de eventos como las crisis económicas, se puede llegar al absurdo de que la pobreza disminuye como efecto de la caída en el valor de la mediana (o media) del ingreso, a pesar de que el bienestar global de la sociedad baja.

Otro de los problemas de esta forma de definir una línea de pobreza es que en países en donde una proporción importante de la población es pobre, como en África o América Latina, 50% de la mediana del ingreso resulta un nivel muy bajo aun para los estándares minimalistas como los del Banco Mundial o los del gobierno federal en México. En consecuencia, población que queda clasificada como *no pobres* puede carecer de lo mínimo humanamente aceptable para la vida. Por ejemplo, en 2006 en México el gobierno federal estableció una LP de 1,654 pesos por persona al mes en localidades urbanas (mayores a 15,000 habitantes) y de 1,119 pesos en las rurales. Las medianas del ingreso en ese año fueron 2,438 pesos y 1,156, respectivamente. Si se estableciera la LP como el 50% de la mediana, los umbrales de ingreso mínimo serían de 1,219 y de 578 pesos para las localidades urbanas y rurales, respectivamente, lo cual representaría 73.4% y 51.7% de las LP originalmente establecidas por el gobierno federal. Es claro que estos umbrales no corresponden con lo que se considera necesario para no ser pobre, aun comparando esta medida con los parámetros oficiales, que de por sí son muy austeros, ya que solo consideran el gasto en alimentos (crudos), educación (excepto colegiaturas), salud, vivienda, ropa, calzado y transporte.^[12]

Con base en lo anterior se puede decir que, independientemente del enfoque que se utilice para establecer las normas (absoluto o relativo), cuando se carece de una concepción de lo que es llevar una vida digna, se pueden producir resultados que no corresponden al grado de precariedad en el que vive la población. Por ello, en la determinación de las normas de tiempo se debe considerar el tipo de necesidad sobre la cual se determinará el umbral, ya que en algunas los parámetros absolutos serán más adecuados, por ejemplo, el tiempo necesario para dormir, que de acuerdo con los expertos, debe ser de ocho horas para un adulto. En cambio, otras necesidades se pueden establecer

con un enfoque relativo, por ejemplo, el tiempo requerido para la limpieza del hogar, indagando las costumbres de la sociedad en cuestión. De esta forma, ambos enfoques se pueden combinar a fin de que las normas reflejen tanto las prácticas sociales prevalecientes, como los mínimos necesarios.

Por lo general, en la medición de la pobreza de tiempo, cuando se utilizan umbrales relativos, se asume (implícita o explícitamente) que los miembros del hogar utilizan el tiempo de manera *ineficiente* y, por tanto, las normas deben representar un porcentaje menor de los promedios observados. El objetivo que usualmente mueve a este tipo de ejercicios es determinar si la población dedica a trabajo doméstico o extradoméstico un número mayor de horas a las estrictamente *necesarias* desde el punto de vista de la relación ingreso–tiempo. De esta manera, se asume que cuando existe escasez de tiempo libre, se debe a las preferencias individuales, como suponen Goodin *et al.* (2008) y Burchardt (2008).

Ejemplos de normas absolutas se encuentran en Boltvinik y en uno de los ejercicios realizados por Burchardt. Ambos toman las recomendaciones de expertos para necesidades de carácter biológico (como dormir), pero la última se apoya en ellos para determinar también la cantidad de tiempo de cuidado y supervisión de los menores de hasta 16 años, y del tiempo necesario de contacto parental, el cual desde el punto de vista psicológico, no puede ser sustituido a través de mecanismos de mercado.

En cuanto a la determinación de la norma de tiempo de trabajo remunerado, Boltvinik parte de lo legalmente establecido, es decir, 48 horas a la semana (ocho horas al día), como establece la Constitución mexicana para la jornada máxima de trabajo. No obstante, dado que no existe una norma para el tiempo máximo de dedicación al trabajo doméstico, Boltvinik considera que esta norma se debe hacer extensiva al trabajo doméstico, por lo que establece que ningún miembro disponible en el hogar para trabajo socialmente necesario (doméstico y extradoméstico) debe dedicar más de 48 horas a este, con lo que asume un enfoque absoluto en la determinación de esta norma, al estar basada en un derecho constitucional.

En cambio, Vickery establece como norma de tiempo de trabajo remunerado 40 horas a la semana, que corresponden a la media observada en la encuesta que utilizó para su estudio y que data de los años sesenta. A diferencia de Boltvinik, considera que, además del tiempo dedicado al trabajo remunerado, los adultos pueden destinar 39.6 horas a la semana al trabajo doméstico, por lo cual, una vez descontado el tiempo dedicado a ambos tipos de trabajo y al transporte (siete horas a la semana), los individuos tendrían solo diez horas a la semana de tiempo libre, ya que el tiempo que resta (71.4 horas a la semana) tiene que ser dedicado a dormir, descansar, comer y al cuidado personal. Cabe resaltar que, en materia de tiempo libre, Burchardt asume dos posiciones: una con un enfoque relativo, en la que la norma se fija como la mitad de la media observada y, la segunda, de acuerdo con la autora, puede ser igual a cero si se adopta un carácter absoluto, ya que los hogares que tienen ingresos insuficientes tendrían que trabajar todo su tiempo para aumentarlo.

Aquí se encuentran dos diferencias muy fuertes entre el planteamiento de Boltvinik y los de Vickery, ya que esta última considera que los individuos pueden dedicar al trabajo socialmente necesario el doble de tiempo que el primero, con lo que minimiza la necesidad de tiempo libre, aun para los parámetros de la época en la que construye su índice, ya que el promedio de tiempo libre por adulto a la semana en Estados Unidos era de 36 horas mientras que ella considera necesario solo diez (véase Vickery, 1977: anexo). En cambio, con los parámetros de Boltvinik, normativamente los adultos podrían disfrutar hasta de 44 horas de tiempo libre a la semana, descontando ya diez horas diarias para las necesidades de sueño, comida, descanso y arreglo personal, además del tiempo dedicado al trabajo socialmente necesario. La diferencia es aún mayor con Burchardt si se adoptara su norma absoluta.

Si bien Vickery parte de un enfoque relativo para determinar el tiempo necesario para trabajo extradoméstico, en lo que se refiere al trabajo doméstico asume una posición más bien absoluta. Como se mencionó, la autora explica que, dado que la norma de ingreso es muy baja, los hogares con un ingreso igual a la LP no podrían contratar servicio de trabajo doméstico (o los bienes y servicios producidos para el mercado), por lo que tendrían que dedicar un tiempo muy prolongado a este, ya que ellos mismos tendrían que preparar alimentos y realizar la limpieza, entre otras cosas.

En lo que se refiere a la forma como establecen Goodin *et al.* las normas de tiempo con enfoque relativo, cabe destacar que hacen supuestos muy restrictivos. Por ejemplo, para determinar el tiempo necesario para transportarse al trabajo, calculan primero el número de días en los que los adultos tendrían, normativamente, que ir a trabajar para obtener un ingreso que les permita escapar de la pobreza. El número de días que normativamente deben trabajar se obtiene dividiendo el valor de la LP entre el ingreso por hora de los adultos que laboran en el hogar. Una vez que han obtenido el número de horas necesarias de trabajo, las dividen entre ocho para determinar las jornadas de tiempo completo en las que cubrirían tales requerimientos. Una vez obtenido este dato, los autores suponen que los individuos pueden tener empleos de tiempo parcial, pero que, además, pueden compactar el número de días en los que tienen que ir trabajar, laborando ocho horas por día, hasta alcanzar el número de horas necesarias para no ser pobres. De esta forma, si en un hogar se requiere que un adulto trabaje 24 horas a la semana se asumen que puede cubrirlas en tres jornadas de ocho horas, aunque en la realidad se esté contratado por cuatro horas diarias, seis días a la semana. Por tanto, el costo normativo de transporte corresponde a tres días de trabajo y no seis, como sucede en la realidad. Por otra parte, para estos autores si los adultos trabajan más días de los *necesarios* para que su hogar no sea pobre, es por preferencias y, por tanto, no deben ser considerados como pobres de tiempo.

Burchardt también establece normas de tiempo con un enfoque relativo con un cálculo similar para la correspondiente a trabajo extradoméstico, aunque no es tan complicado como el de Goodin *et al.* Asume que los individuos que trabajan un número mayor de horas que las necesarias para conseguir el ingreso mínimo para no ser pobre, podrían conseguir empleos de tiempo parcial a la misma tasa salarial por hora que la que tienen al trabajar tiempo completo, situación que no se presenta con frecuencia en la realidad.



En lo que respecta al trabajo doméstico, Goodin *et al.* y Burchardt reducen enormemente la norma del tiempo requerido para este, ya que establecen el umbral como una proporción de la mediana o la media observada (50% y 80%, respectivamente) en las encuestas de uso de tiempo. De esta forma, según Goodin *et al.*, la norma de tiempo de *trabajo doméstico* en Suecia es de una hora al día en hogares biparentales, en los que ambos adultos trabajan y tienen menores de hasta cuatro años de edad. En esa hora deben cocinar, lavar, realizar los quehaceres domésticos (sacudir, barrer, entre otros) hacer reparaciones, jardinería, ir de compras, cuidar a los menores. Si bien las normas de Burchardt no son tan reducidas, sí resultan bastante bajas, por ejemplo, cuatro horas diarias de trabajo doméstico (incluyendo cuidado de menores) en hogares de dos adultos y un menor de hasta dos años de edad. Esta minimización se lleva a cabo, a pesar de que los autores reconocen que desde los años treinta y hasta finales del siglo pasado no hubo una reducción importante en el número de horas promedio dedicadas a esta actividad. En esta dimensión asumen también que si un hogar dedica más tiempo que el necesario al trabajo doméstico es por cuestiones de preferencia. A todas luces, la norma de tiempo es insuficiente, ya que el solo hecho de tener la presencia de menores de edades tan tempranas en el hogar requiere supervisión y cuidado casi constante, que de no realizarse se podría caer en negligencia y descuido. Por otro lado, satisfacer la mayor parte del tiempo de cuidado de menores a través de mecanismos de mercado pone en riesgo la convivencia adulto-menor y, por tanto, la trasmisión del conocimiento y de las habilidades básicas para la socialización (lenguaje, utilización de utensilios para consumir alimentos, etcétera).^[13]

Por último, Boltvinik estableció los requerimientos de trabajo doméstico de manera intuitiva, ya que al momento de desarrollar el MMIP no existía información en México sobre el uso del tiempo en los hogares. Los parámetros que el autor determinó fueron evaluados con base en una encuesta de uso de tiempo de 1996 levantada a nivel nacional y con otras investigaciones realizadas por diversos autores sobre el tema y se encontró que las normas del ETT reflejan las prácticas sociales observadas en el país (véase Damián 2005). Boltvinik hace una diferenciación de la intensidad del trabajo doméstico, el cual depende de las características del hogar, de la necesidad de acarrear agua y del equipo ahorrador de trabajo doméstico disponible en el hogar. Las normas de trabajo doméstico, comparadas con las encuestas de uso de tiempo han resultado menores a las medianas observadas, y representan alrededor de 50% en hogares sin menores de hasta diez años de edad, y hasta 80% en hogares de tres y cuatro personas con la presencia de menores. Es importante considerar que estos porcentajes deben ser mayores, más cercanos a las prácticas reales, ya que los datos reportados en la encuesta de uso de tiempo están sobrestimados, debido a que no se consideró la simultaneidad con la que se realizan ciertas actividades (supervisar a los menores y realizar algunas tareas domésticas, por ejemplo, véase Damián, 2005). También cabe aclarar que las normas de tiempo de trabajo doméstico en el ETT tienen similitud con las establecidos por Vickery y con las de Burchardt (en su enfoque absoluto), así como con los resultados observados por Teresita de Barbieri (1984), lo que permite afirmar que están en el orden de magnitud correcta. Aun así, sería conveniente revisar los parámetros normativos de trabajo doméstico, con el fin de no subestimar el tiempo requerido para satisfacer las necesidades asociadas a este.

El poco sustento empírico (no se diga teórico) que se tiene para aplicar a las normas de tiempo el mismo procedimiento para determinar el umbral relativo de la LP por ingreso queda manifestado cuando Goodin *et al.* y Burchardt calculan el tiempo necesario para cuidado personal (vestirse, asearse, el tiempo que toma recibir servicios personales, comer, dormir y tomar siesta). De acuerdo con los primeros autores,

[...] la mediana del tiempo que en los hechos la gente dedica a cuidado personal en los países en estudio es de alrededor de 70 horas a la semana; establecer una "línea de pobreza para cuidados personales" a la mitad de ese valor implicaría que la gente necesitaría estrictamente cinco horas al día para dormir, comer, arreglarse, etc. Eso sería ridículamente bajo [A pesar de reconocer la inviabilidad del procedimiento fijan la norma en 80% de lo observado, quedando en ocho horas diarias, aun cuando consideran que] ese tiempo suena como justo sólo para un sueño corto por la noche, un baño rápido y comidas corriendo. Todo sería muy apresurado; pero hay que recordar, que las estimaciones de lo que es "mínimo necesario" tienen que ser bajas (Goodin, *et al.* 2008: 50 y 51).

Burchardt utiliza el mismo procedimiento y calcula ocho horas con 31 minutos, a pesar de observar que la media dedicada a cuidado personal es bastante constante entre pobres y no pobres de ingreso o de tiempo.

En este caso, la norma de lo *necesario* no concuerda con la definición que lo considera como aquello que "evita el daño grave" (Doyal y Gough, 1991). Si se considera que una persona que no duerme suficiente y hace todo de prisa está más propensa a sufrir y causar accidentes, la determinación de la norma de Goodin *et al.* y de Burchardt, en relación con el tiempo necesario para cuidados personales, deja de tener validez para medir la privación en términos de disponibilidad de tiempo.

Como hemos visto en este artículo, el establecimiento de normas de tiempo con el enfoque absoluto se puede criticar si estas se construyen con una visión minimalista de los requerimientos de tiempo, lo que puede llevar a una subestimación de la pobreza por esta dimensión. En este caso se encuentra Vickery, quien establece diez horas a la semana de tiempo libre y, por tanto, asume que los adultos no tienen derecho a disfrutar cabalmente de este, lo que muestra su concepción del ser humano, al igualarlo a un simple animal de trabajo. Pero es aún más grave el enfoque relativo cuando recorta a la mitad los tiempos socialmente observados, desconociendo las prácticas históricamente dadas en actividades como las domésticas o las relacionadas con mantenimiento de la salud individual. De igual forma, es un error suponer, sin ninguna base empírica, que los hogares pueden encontrar empleos parciales y con flexibilidad de horario para obtener el ingreso mínimo requerido para no ser pobre, además de ajustarse a la absurda minimización de viajes de traslado. Es igualmente criticable que casi todos los métodos de medición de la pobreza de tiempo (excepto el de Boltvinik) asuman que las personas están dispuestas a trabajar, a la tasa salarial prevaleciente, que no existen periodos de desempleo y que si se trabajan más (o menos) horas de las necesarias es por razones de preferencia. Boltvinik, en cambio, establece una norma máxima de horas de trabajo al día

(ocho), seis días a la semana y observa si se trabaja más o menos tiempo del normativo, para juzgar la situación vivida en el hogar. Otra de las virtudes de su propuesta es que asume que cuando los hogares son pobres de ingreso, pero no de tiempo, se debe a cuestiones de mercado, es decir, que los individuos no encuentran empleos y que su “exceso de tiempo libre” (en relación con su ingreso bajo) no se debe a cuestiones de preferencia sino a la imposibilidad de acceder a un empleo.

Reflexiones finales

Como se ha visto hasta aquí, los métodos de medición de la pobreza de tiempo parten de establecer un número de horas disponibles en el hogar, que comparan con normas de tiempo requerido para satisfacer sus necesidades. En los que son bidimensionales, se asume que el ingreso y el tiempo son sustituibles uno por el otro, mientras que en el MMIP, la sustitución no es total, ya que se considera insustituible el tiempo necesario para educación y para el tiempo libre.

Si bien la introducción de la dimensión del tiempo en los métodos de medición constituye un avance importante en la evaluación del bienestar, la mayoría de los métodos de medición de la pobreza solo considera el tiempo para cubrir las necesidades que aseguran la reproducción material y el mantenimiento de la eficiencia física, con lo que se ignora el tiempo requerido para cubrir otras necesidades como las emocionales o de autorrealización. Esta situación se presenta sobre todo entre las propuestas que dejan un número muy escaso (en ocasiones igual a cero) de horas para tiempo libre. De todos los métodos, el que da mayor importancia a este componente es el del MMIP.

Por otra parte, se hizo notar que los métodos bidimensionales reproducen la visión minimalista de las necesidades, posición que caracteriza a los economistas de la corriente principal, y con ello sus propuestas metodológicas pierden utilidad como instrumentos para diferenciar a los pobres de tiempo de los que no lo son. No es de extrañar entonces que en sus análisis encuentren que solo una pequeña porción de la población padece pobreza de tiempo y que la sociedad contemporánea, más que padecerla, experimenta una *presión ilusoria de tiempo*, como concluyen Goodin, *et al.* (2008). Esto es verdad gracias a los bajos estándares de requerimientos de tiempo que se establecen como *estrictamente* necesarios para realizar las actividades *estrictamente* necesarias.

Otro de los problemas de los métodos bidimensionales es que no incluyen en su cálculo los indicadores que se miden por las NBI, en contraste con el MMIP, que incluye los componentes de ingreso, tiempo y NBI. Por otra parte, este método tiene la ventaja de haber establecido sus normas con base en derechos humanos fundamentales, como la jornada máxima laboral. Por otra parte, al hacer extensivo este derecho al trabajo doméstico se reconoce, de manera implícita, que las mujeres también tienen derecho al descanso y al tiempo libre.

Una diferencia sustancial entre los métodos bidimensionales y el planteamiento de Boltvinik es que este reconoce que son las instituciones (el estado y el mercado), más que los individuos, las que determinan el nivel de pobreza, ya sea en la dimensión de tiempo, ingreso o NBI. En cambio, los otros autores suponen que son los individuos los que prefieren vivir en la pobreza, ya sea de tiempo o de ingreso.

En cuanto a la relevancia de considerar al tiempo en los métodos de medición de la pobreza, queda claro con el análisis presentado aquí que en la medida en que los individuos no puedan elegir libremente la actividad primordial que desarrollan en la mayor parte de su tiempo de vida (sea una actividad creativa, *productiva o improductiva*), debido a que están obligados a dedicar su tiempo a conseguir los medios necesarios para sobrevivir, no se podrá hablar de un desarrollo efectivo de las capacidades y potencialidades humanas. El supuesto que manejan los autores de los métodos bidimensionales, en el sentido de la existencia de un conjunto de opciones de ingreso-tiempo entre las cuales los individuos pueden elegir de manera libre, es tan solo un espejismo de elección.

Referencias

- Altimir, Oscar. 1979. *La dimensión de la pobreza en América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Becker, Gary. 1965. A theory of allocation of time. En *The Economic Journal* (págs. 493–517). Vol.LXXV. Londres: Macmillan.
- Boltvinik, Julio. 1992. El método de medición integrada de la pobreza. Una propuesta para su desarrollo. En *Comercio Exterior* (págs. 354–365). Vol.2, núm.4. México, abril.
- . 1999. Anexo metodológico. En Boltvinik, Julio y Enrique Hernández Laos. *Pobreza y distribución del ingreso en México* (págs. 313–350). México: Siglo XXI.
- . 2000. Pobreza de tiempo. Ponencia presentada en la VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México. México, agosto.
- . 2005. *Ampliar la mirada. Un nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Guadalajara: CIESAS–Occidente.
- Boltvinik, Julio y Araceli Damián. 2001. La pobreza ignorada. Evolución y características. En *Papeles de Población* (págs. 21–53). Año 7, núm.29. Toluca: UAEM.
- . 2003. Mediciones de pobreza y los derechos sociales en México. En *Papeles de Población* (págs. 101–136). Año 9, núm.35. Toluca: UAEM.
- Bryant, Keith W. 1990. *The economic organization of the household*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Burchardt, Tania. 2008. Time and income poverty. En *CASEReport*. Núm.57. Londres: Centre for Analysis of Social Exclusion—London School of Economics, noviembre.
- Citro, Constance F. y Robert T. Michael. 1995. *Measuring poverty. A new approach*. Washington: National Academy Press.
- Damián, Araceli. 2005. La pobreza de tiempo en México. Conceptos, métodos y situación actual. En Gendreau, Mónica. Coord. *Los rostros de la pobreza* (págs. 225–288). Tomo IV. Puebla: ITESO / Universidad Iberoamericana.
- . 2007. El tiempo necesario para el florecimiento humano. La gran utopía. En *Desacatos* (págs. 125–146). Núm.23. México: CIESAS, enero–abril.
- . 2008. La construcción del dato en pobreza. En Figueroa, Beatriz. Coord. *El dato en cuestión. Un análisis de las cifras sociodemográficas* (págs. 691–740). México: El Colegio de México.
- De Barbieri, Teresita. 1984. *Mujeres y vida cotidiana*. México: FCE.



- Desai, Meghnad. 2000. Well being or welfare? En Fraser, Neil y John Mills. Eds. *Public policy for the 21st century. Social and economic essays in memory of Henry Neuburger*. Bristol: Policy Press.
- 2003. Pobreza y capacidades: hacia una medición empíricamente aplicable. En *Comercio Exterior* (págs. 434–444). Vol.53, núm.5. México, mayo.
- Doyal, Len y Ian Gough. 1991. *A theory of human need*. Londres: MacMillan.
- Garfinkel, Irwin y Robert Haveman. 1977. Earning capacity, economic status, and poverty. En *The Journal of Human Resources* (págs. 48–70). Vol.XII, núm.1. Madison: The University of Wisconsin Press, invierno.
- Goodin, Robert E. et al. 2008. *Discretionary time. A new measure of freedom*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gordon, Dave et al. 2000. *Poverty and social exclusion in Britain*. York: Joseph Rowntree Foundation.
- Linder, Staffan B. 1970. *The hurried leisure class*. Nueva York: Columbia University Press.
- Maslow, Abraham. 1987 [1954]. *Motivation and personality*. Nueva York: Longman.
- Pogge, Thomas. 2005. Recognized and violated by international law: the human rights of the global poor. Ponencia de la conferencia magistral dictada en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. México, noviembre.
- Sen, Amartya. 1983. Poverty, relatively speaking. En *Oxford Economic Papers* (págs. 154–169). Vol.35, núm.2. Oxford: Clarendon Press.
- 1984. *Poverty and famines. An essay on entitlement and deprivation*. Nueva York: Oxford University Press.
- Stiglitz, Joseph E; Amartya Sen y Jean Paul Fitoussi. 2009. Report by the Commission on the Measurement of Economic Performance and Social Progress. París: OFCE, 14 de septiembre. Disponible en: <http://www.ofce.sciences-po.fr/pdf/documents/rapport.pdf>, consultada el 10 de febrero de 2010.
- Townsend, Peter. 1979. *Poverty in the United Kingdom*. Middlesex: Penguin.
- 1985. A sociological approach to the measurement of poverty —a rejoinder to professor Amartya Sen. En *Oxford Economic Papers* (págs. 659–668). Vol.37, núm.4. Oxford: Clarendon Press.
- 1993. *The international analysis of poverty*. Londres: Harvester Wheatsheaf.
- Vickery, Clair. 1977. The time-poor: a new look at poverty. En *The Journal of Human Resources* (págs. 27–48). Vol.XII, núm.1. Madison: The University of Wisconsin Press, invierno.
- Whiteford, Peter y Leslie Hicks. 1993. The cost of lone parents. En Bradshaw, Jonathan. Ed. *Budget standards for the United Kingdom* (págs. 216–217). Aldershot: Avebury.

Currículum breve de la autora

Doctora en economía de la urbanización por la Universidad de Londres. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel II. Ha sido profesora visitante en la School for Policy Studies de la Universidad de Bristol, Inglaterra. Ha estudiado la pobreza desde diversas perspectivas, como el impacto de las políticas económicas en los niveles de vida de la población; la crítica a los métodos de medición de la pobreza desde una perspectiva de derechos humanos; la evolución de la pobreza en México y América Latina, y la relación de la pobreza con el género, el mercado laboral y el uso de tiempo.



Notas al pie

- [1] Se hace referencia aquí al significado del ocio en el sentido clásico griego, es decir, al cultivo de la mente, del espíritu, la música y el filosofar, base del desarrollo de la cultura.
- [2] Es importante mencionar que con el fin de evitar duplicidades en la medición de las carencias de las distintas necesidades, Boltvinik identificó cuáles tienen que ser verificadas por la LP (las que dependan fundamentalmente del consumo privado corriente) y cuáles por las NBI (las que dependen conceptualmente o de manera preponderante —y para la mayoría de los hogares— del gasto público y de la inversión acumulada del hogar). El tiempo es considerado como un recurso adicional, cuya carencia depende de las necesidades de trabajo doméstico, extradoméstico, estudio y tiempo libre.
- [3] El concepto de florecimiento humano proviene de la filosofía analítica y es similar al de autorrealización de Maslow (1987). Boltvinik (2005) establece que las necesidades humanas son el elemento constitutivo del florecimiento humano, pero que la evaluación del bienestar se debe realizar en el eje del nivel de vida y no en el del florecimiento humano, ya que si bien en este último está el ser humano completo, con todas sus necesidades y capacidades, de acuerdo con Boltvinik, en el del nivel de vida están solamente los elementos económicos de dichas necesidades.
- [4] Si bien más adelante se revisará la propuesta de Vickery, no se hará con la de Garfinkel y Haveman, ya que en realidad no propusieron un método de medición de la pobreza sino uno que mide los recursos potencialmente disponibles en el hogar; una explicación de este se puede ver en Araceli Damián (2005).
- [5] Las preguntas fueron si los hogares habían tenido una semana de vacaciones en los últimos 12 meses; si los adultos habían invitado a algún amigo a la casa en las últimas cuatro semanas; si habían salido fuera con un amigo en ese mismo periodo de tiempo; si habían tenido una tarde o noche de entretenimiento en la última semana (Townsend, 1979: 250).
- [6] Los bienes y actividades relacionados con la disponibilidad de tiempo y que fueron considerados como necesarios por la mayoría de la población fueron: visitar a amigos o a familiares; celebrar ocasiones o fiestas especiales como la navidad; asistir a la escuela de los hijos en días especiales de convivencia (día del deporte); tener un *hobby* o actividad recreativa; tener lavadora de ropa; recoger a los niños de la escuela; tener una comida con amigos o familiares; tener televisión; realizar un asado o comida especial una vez a la semana, y disfrutar de vacaciones una vez al año. Este trabajo se basó en una encuesta representativa de hogares levantada en Gran Bretaña en 1998–1999. El criterio para que un bien o actividad fuese considerado como necesarios fue que más de 50% de los entrevistados declarara que ningún hogar o familia en Inglaterra debería carecer de él.
- [7] Los autores explican que la selección de los países estuvo determinada por la disponibilidad de bases de datos sobre uso de tiempo recientes (finales de los noventa y principios de la primer década de 2000), en países que además contaran con encuestas de hogares con información de ingreso y de las características sociodemográficas de sus miembros, para años similares a los de las encuestas de tiempo. A pesar de las limitaciones de información, se congratulan porque los países seleccionados les permitieron hacer un análisis agrupándolos de acuerdo con los tipos de estados de bienestar definidos por Gosta Esping–Andersen: residual (Estados Unidos y Australia), corporativo (Alemania y Francia) y universalista (Suecia y Finlandia).
- [8] Burchardt prueba el modelo que desarrolla utilizando definiciones absolutas, relativas y combinadas.
- [9] Vickery tiene un enfoque más bien absoluto, en el sentido de buscar los mínimos necesarios, no obstante, en algunos indicadores se basa en encuestas de uso de tiempo.

- [10] Es importante resaltar que la determinación de los mínimos nutricionales ha sido criticada por Sen (1984) y otros estudiosos de la desnutrición, debido a que existen distintas tasas de transformación de nutrientes en cada individuo, además de que las prácticas de adquisición de alimentos en los hogares no se llevan a cabo con una lógica de minimización de costos al extremo. Aun cuando se trate de hogares pobres, siguen los patrones socio-culturales imperantes.
- [11] Para un análisis de las implicaciones éticas de usar este tipo de medidas, véanse Pogge (2005), Damián (2008) y Boltvinik (2005).
- [12] Las LP del gobierno federal no consideran una serie de gastos esenciales para la vida, como lo necesario para cocinar y consumir los alimentos (gas, ollas, estufa, cubiertos), muebles (camas, sillas, sillones), enseres domésticos (licuadora, refrigerador), productos de limpieza (jabón, cepillo, pasta de dientes), entre otros. Para una crítica del método de medición de la pobreza establecida por el gobierno federal mexicano en 2002, véase Boltvinik y Damián (2003).
- [13] Para determinar la norma de cuidado de menores de esta edad, Burchardt supone que de las 24 horas en las que los menores de esa edad requieren supervisión, 22 pueden ser sustituidas por servicios pagados de cuidado de menores.